

Inquisicionales, cuya documentación se ha conservado milagrosamente en gran medida y así, a través de la historia del sufrimiento, podemos reconstruir la historia de España y la de sus judíos.

No se trata sólo de razones de ubicación geográfica del distrito universitario, hay razones casi físicas: el Vicerrectorado del campus de Cuenca está pegado a los lienzos del que primero fuera Castillo y después sede del Tribunal del Santo Oficio y su cárcel, en la que penó, entre otros muchos judíos, el Doctor Zapata, inmortalizado por Francisco de Goya en sus Dibujos. Pero es más, este hermoso edificio neoclásico que para sede de la Universidad de Toledo hizo levantar a su costa el insigne cardenal ilustrado Don Francisco Antonio de Lorenzana se asienta precisamente sobre los escombros del Tribunal del Santo Oficio de Toledo y sus celdas de prisión todavía se encuentran a pocos centímetros bajo las losas del patio que hoy mismo pisamos.

Pero no es la deuda con la represión o sólo esa deuda la que nos debe convocar hoy aquí. La represión y sus efectos sobre la vida y los valores humanos y culturales fue la vía de la pérdida, de la extinción del pueblo judeo-español. Hay otra deuda en positivo que tenemos con este pueblo, la deuda con su contribución a la construcción histórica de España. En aquella España de la Edad Media, una sociedad organizada para la guerra durante siglos, en expresión de LOURIE, el grupo "excluido" como lo calificó de Golf,



**El delegado del Gobierno, Daniel Romero, compartió la presidencia del acto con el rector y el alcalde de Toledo, Joaquín Sánchez Garrido.**

los judíos cumplieron el papel social más relevante para el progreso social: el de traductores, médicos y administradores públicos. He ahí, en mi opinión la principal deuda de reconocimiento y estudio que tenemos con los judíos de Sefarad, fueren fieles o conversos, fueren de la diáspora sefardí o de la plena integración en esta comunidad española cruzada de culturas y forjada en la fidelidad y la traición, en la tolerancia y en el odio, en la justicia y en el crimen, ni más ni menos que todas las comunidades nacionales.

Estoy seguro que estas jornadas de estudio serán de gran provecho para el progreso del conocimiento, de la paz y de la convivencia".

Inició el turno de ponencias el Catedrático de la U.A.M., Luis Suárez Fernández que habló sobre "Los judíos españoles: contexto histórico". Entre otras cosas puso de manifiesto que "lo que a menudo, en nuestros días hace muy difícil la comprensión del "problema judío", como se planteaba en la Edad Media, es la tendencia a mezclar dos conceptos, religio-

so y étnico, de tal manera que indentificamos antijudaísmo y antisemitismo. Los autores israelitas o afines a ellos entienden que un judío es siempre un judío, profese o no la religión talmúdica. Pero para la iglesia medieval, al menos hasta el siglo XV, judaísmo era un término exclusivamente religioso: el bautizado, aunque procediese del pueblo de Israel, ya no era judío, sino cristiano. Procedía en esto de acuerdo con una tradición evangélica muy firme: San Juan, hebreo y al parecer de cierto rango, representaba a los judíos como "los otros" que rechazaban el mensaje de Jesús. Cuando, en el tránsito a la modernidad, empieza a asomar el antisemitismo, lo hace partiendo de una distinción entre cristianos "viejos" y "nuevos" segregando a estos últimos porque empieza también a compartir esa opinión de que un judío siempre será un judío, sobre la que tantos males de han edificado en Europa. Porque cuando se acusa a los "nuevos" se les injuria: son los falsarios que se fingen cristianos para ocultar su "gravidad".